

Revista Literaria La Noria

Edición Especial – Febrero 2025



Publicada por: La Noria Informativa

© 2025 La Noria Informativa. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este contenido sin autorización expresa del titular de los derechos.

Entre Pasos y Banderas

Autor: Jeremías Mejía

El viento de febrero acaricia el rostro de Manuela mientras contempla el atardecer desde el balcón de su casa colonial en Santo Domingo. Noventa y dos años la contemplan, cada uno grabado en las arrugas que decoran su rostro como los pliegues de las banderas que ondearon en los días de la independencia. Sus manos, nudosas y manchadas por el tiempo, afectadas por la artritis de la vejez, reposan sobre un cofre de caoba que contiene cartas amarillentas, una pequeña insignia trinitaria y un pañuelo bordado con los colores azul, rojo y blanco.

Cada paso es más lento, pero mi sombra sigue bailando. La observa ahí, proyectada sobre las baldosas de barro cocido, moviéndose con una gracia que sus articulaciones ya no pueden reproducir. Sonríe al reconocerla, a esa compañera fiel que no envejece, que no conoce el peso de las batallas ni el cansancio de los años.

En ella aún vive la niña que fui, corriendo descalza por las calles empedradas de La Española cuando aún era colonia haitiana. Aquella pequeña que, bajo la luz de las velas, escuchaba embelesada a su padre y sus amigos hablar en susurros de libertad y soberanía. La niña que a los cinco años ya cantaba a escondidas las décimas prohibidas que hablaban de una patria soñada, mientras su madre le enseñaba a bailar mangulina, alertándola que debía callar cuando pasaban los soldados.

La joven que amó sin miedo, que a los dieciséis años ya cosía banderas clandestinas y llevaba mensajes ocultos en los pliegues de su falda para los miembros de La Trinitaria. La misma que cautivó con su danza, su fervor patriótico y valentía sin igual a Santiago, un joven discípulo de Juan Pablo Duarte que componía versos revolucionarios. La que lo rechazó tres veces antes de aceptar su amor,

porque la libertad de la patria era primero. Y luego, cuando finalmente cedió, bailaron juntos durante cincuenta y tres años de matrimonio, viendo nacer y crecer una república soñada en las noches de conspiración.

La mujer que desafió el tiempo, que en la noche del 27 de febrero de 1844 estuvo en la Puerta del Conde cuando el trabucazo de Mella anunció el nacimiento de la República Dominicana. Que fundó una escuela para niñas a los cincuenta años, cuando muchas mujeres permanecían en las sombras, enseñándoles no solo a leer y escribir, sino a conocer su historia, a bailar las danzas de su tierra y sobre todo, inspirándolas a que sean valientes para defender su hogar y que no pierdan aquello que costó la sangre de sus padres. Que viajó de Santiago a Puerto Plata, de Azua a Barahona, llevando consigo las historias de los padres de la patria y las canciones que dieron ritmo a la independencia.

Mis ojos se nublan, pero no de tristeza; es gratitud. Las cataratas difuminan los colores, pero en su mente las imágenes son nítidas como el primer día. El recuerdo de Santiago marchando junto a Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella. Mis amados hijos, Luisa y Duarte, creciendo en una nación independiente pero llena de desafíos. los estudiantes que tanto amé, algunos convertidos en defensores de la república contra nuevas amenazas, otros que llevaron sus enseñanzas a cada rincón de la isla.

Porque viví, sentí y conocí el miedo de las reuniones clandestinas y la tensión de los mensajes cifrados, pero también la indescriptible alegría de ver ondear la bandera tricolor por primera vez. Porque amé con la misma pasión con la que defendí mis ideales, entregándome por completo a la causa y a mi familia. Porque lloré la muerte de Santiago durante los años turbulentos de la Restauración, encontrando en la enseñanza y en el movimiento de las danzas tradicionales una forma de mantener vivo

mi espíritu y el fervor de la patria soberana recién adquirida.

Porque en cada huella dejé un pedazo de mi danza en las celebraciones de independencia, pero también en las aulas donde formé generaciones de dominicanas y dominicanos que aman la patria que tanto nos costó. En las historias que preservó cuando muchos querían olvidar el sacrificio de los trinitarios. En los ritmos de merengue, carabiné y mangulina que enseñé con orgullo para que no se perdieran en el tumulto de los cambios políticos. En los ojos de quienes me escucharon narrar la historia viva y sintieron que algo dentro de ellos se conectaba con sus raíces.

De repente el sonido de pasos sobre el patio empedrado me devuelve al presente: pues, mi hija Luisa ha llegado con mi nieta, Patria, de cinco años. La pequeña, con una cinta tricolor en su cabello ensortijado, corre hacia ella con un dibujo en la mano.

—¡Abuela Manuela! ¡Mira lo que dibujé en la escuela! ¡Somos tú y yo bailando en la Puerta del Conde! Al ver esto, no pude contener mis lágrimas, pues, tanta libertad me dejó satisfecha a pesar del sacrificio realizado.

Al verme llorar, Patria toma mis manos invitándome a un baile imaginario. Con dificultad pude levantarme, esto sin dejar de apoyarme en el bastón tallado con insignias taínas.

Y aunque mi cuerpo envejezca, mi alma

nunca dejó de girar. Lo siente ahora, mientras sostengo las manitas de Patria y marco el ritmo de una antigua mangulina con pequeños movimientos que para la niña son tan majestuosos como los de las heroínas de las historias que le cuento. En sus ojos ve el mismo fuego que una vez ardió en mí, la misma pasión por una tierra libre y soberana.

La sombra de Manuela se proyectó junto a la de Patria sobre la pared encalada. Una grande y encorvada, otra pequeña y enérgica. Pero si uno mira con atención, como lo hace ella ahora, puede ver que ambas sombras bailan con la misma gracia eterna, fusionando pasado y futuro, como lo hace una nación que conoce sus raíces y honra a aquellos que sacrificaron todo por su libertad.

Cuando Manuela finalmente se cansa, Patria corre hacia su madre. Manuela vuelve a sentarse en su mecedora de caoba. Una lágrima solitaria resbala por su mejilla arrugada, pero sus labios dibujan una sonrisa serena. El sonido de los tambores y güirás que solo ella escucha sigue sonando, y su sombra, fiel compañera, continúa la danza que comenzó hace casi un siglo, cuando el anhelo de libertad era apenas un susurro y ella empezaba a tejer los sueños de una patria que hoy respira libre bajo el sol del Caribe.

Fin.